leer entrelíneas
AÑO XV / FEBRERO 2011
Nº 145
15 años
Puedes participar y seguirnos por nuestra página web **www.venezuelaentrelineas.com** o por **@VzlaEntrelineas**

La alegría del venezolano

A algunas personas les cuesta entender un poco el por qué de la alegría del venezolano.

Hace varios meses un italiano que llegó a nuestro país, por cuestiones de trabajo, nos comentaba que él estaba aterrado de venirse a Venezuela. Sus familiares y amigos le decían que estaba "loco" de aceptar el traslado de su empresa a un país tercermundista tan peligroso.

Y él cuenta que lo que más le impactó al llegar al aeropuerto fue que vio a mucha gente sonriente y servicial. Y luego siguió observando lo mismo en las calles, en la gente que lo recibió, en los compañeros de trabajo (que siempre estaban con un "chistecito" y se lo "vacilaban"), etc. Él no podía entender ¿cómo era posible que los venezolanos con tantos problemas (que por supuesto los oía, todo el día… y se los contaban, todo el día…) fueran tan alegres?

Y es verdad que hay cosas que a uno le cuesta entender. Por ejemplo, cuando uno revisa las estadísticas mundiales de suicidio uno se pregunta: ¿Por qué Suecia, que es el país "más desarrollado" del mundo (que hasta tienen calefacción en las calles para que los suecos no sepan lo que es el frío), tiene uno de los índices más altos de suicidios en el mundo?: 18,1 hombres y 8,3 mujeres por cada 100.000 habitantes.

Pero fíjense que sí hay relación entre lo que uno puede observar y los números de las estadísticas. Por ejemplo, hace poco alguien que estuvo en Austria me comentaba la tristeza que veía en los rostros de los austríacos. Y al revisar las estadísticas nos podemos dar cuenta del por qué: el índice de suicidios en Austria es de 13,8 hombres y 7,4 mujeres por cada 100 mil habitantes.

En Suiza (otro país "super desarrollado" y donde antes de nacer ya tienen todo resuelto y planificado, hasta te aseguran tus lentes de leer) el índice de suicidios es de 13,5 hombres y 11,7 mujeres.

En cambio nuestra querida Venezuela muestra una de las tasas de suicidio más bajas del mundo con 6,1 hombres y 1,4 mujeres por cada 100.000 habitantes. Como siempre las mujeres venezolanas dando ejemplo de fortaleza y de ser unas verdaderas "todo terreno", quienes a pesar de los infinitos problemas del día a día son felices, por no decir "super felices".

Pero hoy no tendré espacio para poder nombrarles todas las razones de esa alegría, pero les prometo que lo haré, porque son bastantes cosas que sé que les gustarán mucho.

Hoy sólo voy a hablar de una, que yo pienso es la principal: Nuestra Fe. Los venezolanos somos personas de Fe y vivimos con nuestra Fe cerquita de nosotros, en el día a día.

Este mismo italiano, del que les hablé al comienzo del artículo, el año pasado fue a la Procesión de la Divina Pastora y me decía: "Es que no lo puedo creer, una cosa es lo que te dicen y otra lo que uno ve ahí, en persona. Yo nunca había visto tanta gente con tanta fe y todos estaban felices, con un calor insoportable".

Bueno querido amigo, le contesté yo, es que Venezuela ha sido bendecida por Dios y tiene una tradición religiosa impresionante que ha sido la que, generación tras generación, nos ha ayudado a vivir como hijos predilectos de Dios en esta tierra maravillosa (llena de problemas, es verdad, pero también de cosas buenas) y que en estos momentos nos está pidiendo que vivamos como verdaderos hermanos y sigamos rezando y luchando, más intensamente que nunca, para poder sembrar el Amor, la Paz y la Justicia que sólo Dios nos puede dar.

Y de verdad que esa alegría del venezolano es algo que sólo de cara a Dios se puede entender.

¡Qué belleza fue ver a esas millones de personas (un altísimo porcentaje de gente joven) caminando esas calles que estaban ardiendo de calor! Y a muchos no les importó y caminaron descalzos. ¡Qué dirían los suecos!.

Pero lo más grande y más bello fue ver esa alegría que desbordaba del corazón de cada uno de ellos, porque estaban acompañando a nuestra Santísima Virgen, en la advocación de la divina Pastora, en la segunda concentración religiosa más grande del mundo en este tipo.

¡Qué grande es nuestra Fe! ¡Qué grande es nuestra alegría! ¡Qué grande es que los venezolanos sepamos que somos hijos de Dios! ¡Qué grande es querer a todos nuestros hermanos venezolanos! ¡Qué grande es rezar y luchar en nuestra Patria por una mejor Venezuela para todos!

María Denisse Fanianos de Capriles
Publicado en El Universal (19-01-2011)



"Para hacer que una lámpara esté siempre encendida, debemos no dejar de ponerle aceite" Madre Teresa de Calcuta

Adicción al Reconocimiento

«Los elogios y el reconocimiento me acompañaron durante toda mi infancia. Y, sin darme cuenta, poco a poco se convirtieron en una adicción. “La pequeña Eva recita poesía estupendamente —me decían a los seis años—. ¡Seguro que más adelante hablará en público maravillosamente!”. Y la pequeña Eva aprendió la lección. No había alabanza que le bastara, y cada vez aprendía más poesías, cantaba canciones y se recreaba con el reconocimiento de los demás. Incluso es muy posible que confundiera los elogios con el amor. Pero, en todo caso, eso le marcó la ruta a seguir: rendir y alcanzar logros para ser amada, apropiarse de cosas que le sirvieran de confirmación.

»No tardó en convertirse en un hábito. A la espera de elogios y aplausos, mi conducta empezó a modificarse de forma imperceptible. Desde aquellos inicios casi juguetones, desarrollé, espoleada por el orgullo, una auténtica adicción al reconocimiento. Para sentirme satisfecha, necesitaba realizar un trabajo cada vez más intenso y más adaptado a las expectativas de los demás: fue una lucha que me llevó al borde de la autoliquidación.

»Descubrir el embuste de aquella pauta supuso un proceso largo y doloroso. Hasta que no se acabaron las alabanzas no fui capaz de reconocer la estrategia que estaba adoptando inconscientemente. Por una vez, la pequeña Eva no había cumplido las expectativas de los demás; y entonces la imagen de mí misma quedó destrozada.»

Este relato autobiográfico de Eva Herman nos plantea una interesante cuestión. Hemos de empezar por reconocer que a todos nos importa el reconocimiento de los demás. Y quienes dicen que no les importa en absoluto, probablemente adoptan una pose de suficiencia que delata su propia inseguridad.

En el mundo profesional, político, académico, cultural…, las ansias de alcanzar nuevas cotas de prestigio o de estimación son siempre un riesgo de adicción al reconocimiento. Está claro que no es malo, ni negativo, querer tener un prestigio personal, una buena reputación. Al contrario, es una pretensión lógica y positiva, pues hace mejorar a las personas y al conjunto de la sociedad, y lo contrario, en cambio, nos haría empeorar a unos y otros. Pero no debemos trabajar ni vivir para ser reconocidos, sino para encontrar nuestro camino de mejora personal en servicio a la sociedad en que nos ha tocado vivir.



Todos necesitamos de una cierta aprobación de los demás y, al tiempo, todos necesitamos no depender demasiado de la confirmación de los demás. Somos interdependientes unos de otros. Todos queremos ser saludados, felicitados, solicitados, tenidos en cuenta. Todos necesitamos autonomía y, a la vez, necesitamos del aprecio y del afecto de los demás.

No debemos vivir pendientes de ese reconocimiento, pero sí debemos estar pendientes de reconocer el mérito y la dignidad de los demás. Reconocer el trabajo de los compañeros, jefes o colaboradores. Reconocer el afecto y los desvelos de que somos objeto dentro de la familia, entre nuestros amigos, en nuestro trabajo. Agradecer el reconocimiento que recibimos de los demás sin tomarlo como excusa para esforzarnos menos o para creernos superiores o imprescindibles. Fomentar en nuestro entorno esa dinámica de aprecio, de estima y de gratitud que nos hace sacar lo mejor de nosotros mismos, y exigirnos más, sean muchas o pocas nuestras cualidades naturales. Una dinámica que no ensalza al mejor dotado para envanecerlo tontamente, ni humilla al que posee menos talento, sino que transmite a todos un deseo de hacer bien las cosas, un sentimiento de seguridad personal, de estímulo para ser mejor. Sentirse reconocido cuando se obra bien es vital para construir una sociedad, pues nos hace sentirnos más comprometidos y rendir más.

Dar reconocimiento es decir lo justo en el momento apropiado. Premiar el esfuerzo y la actitud, no sólo el resultado final. No suelen ser precisos grandes elogios ni recompensas materiales. Muchas veces basta con una sonrisa o unas sencillas palabras de aprecio. Un detalle de atención que expresa nuestra satisfacción, que transmite esa energía que proviene de saberse valorado. Un reconocimiento que no genera adicción, pues no está centrado en el halago personal, sino en el esfuerzo por mejorar y en el sentido de servicio a los demás.

Alfonso Aguiló www.interrogantes.net

Síndrome del "hijo perfecto"

Entre las angustias y los síndromes del mundo moderno se encuentra el "síndrome del hijo perfecto". ¿En qué consiste?

Si las familias del pasado acogían a cada hijo que llegaba un poco así, "a la buena", a veces con una sonrisa y otras veces con una fuerte revisión de la economía familiar, hoy los esposos dicen cuándo, cuántos y, sobre todo, cómo han de llegar los hijos a casa.

Por eso resulta casi normal que el primer hijo llegue más bien tarde. Incluso más allá de lo que sería el momento mejor para la mujer. Diversos estudios hablan de que la concepción y el embarazo se desarrollan de manera óptima entre los 20 y los 30 años de vida (aprox.) La realidad es que son cada vez más las mujeres que tienen su primer hijo alrededor de los 30 años, si es que no más tarde.

Cuando llega la hora de pensar en el segundo hijo, después de varios años del nacimiento del primero... Es fácil comprender que muchos hijos no nacen simplemente porque el ritmo biológico de la mujer pone barreras cada vez más elevadas: la naturaleza no perdona, a pesar de todos los sueños de los padres.

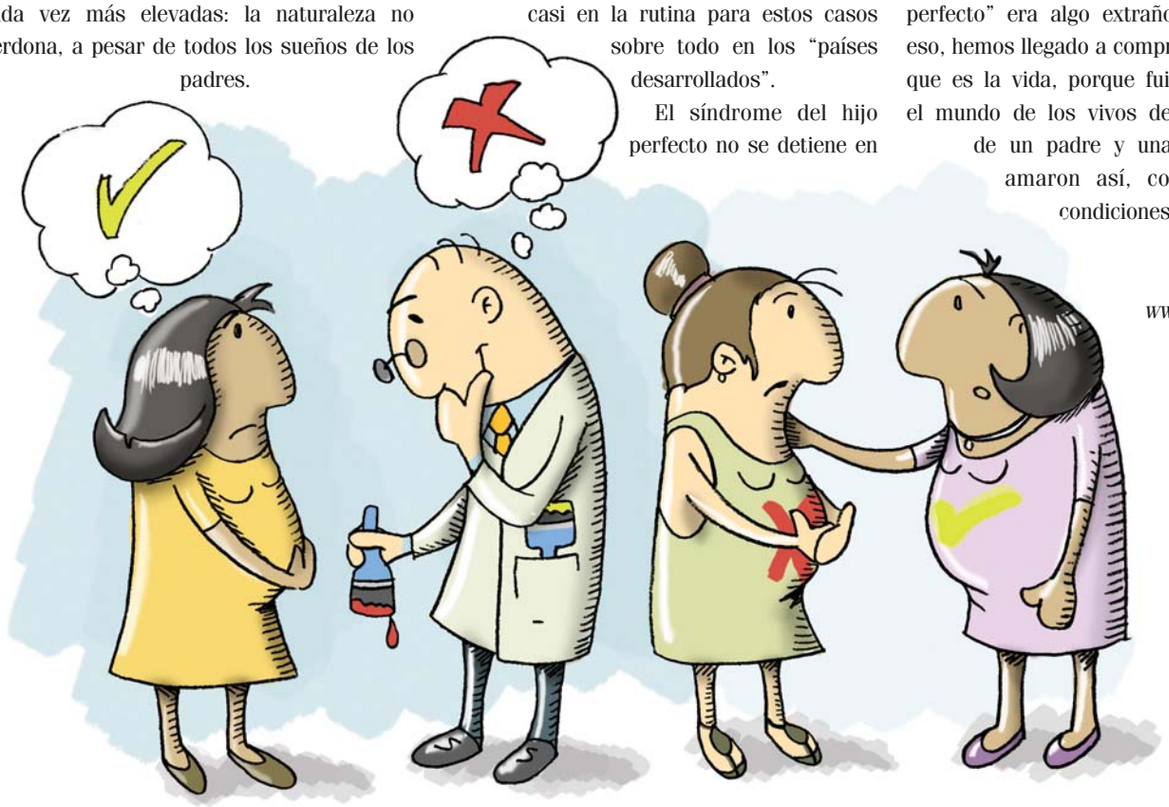
Además, en muchos ambientes se ve el tener un tercer hijo como si fuese algo heroico. Las parejas que se casan jóvenes y superan en pocos años la barrera de los tres hijos (algo que era lo más normal del mundo en el pasado) son vistas de modo raro, si es que no reciben fuertes críticas de su entorno familiar y social.

Junto al retraso y la reducción de hijos, se da una tendencia generalizada a recibir sólo a aquellos hijos que reúnan un nivel mínimo de "calidad". Ya no resulta extraño el que se eliminen, casi sistemáticamente, los embriones y fetos con enfermedades como síndrome de Down, entre otras enfermedades. El famoso diagnóstico prenatal se ha convertido no en un instrumento que ayude a conocer la salud del hijo para curarlo, sino en un requisito para medir si el hijo va a ser aceptado o será eliminado con un aborto que se ha convertido casi en la rutina para estos casos sobre todo en los "países desarrollados".

El síndrome del hijo perfecto no se detiene en eliminar a los hijos enfermos, sino que puede llegar (en algunos lugares ya está llegando) a la eliminación de los hijos que no reúnan las cualidades soñadas por los adultos. Aunque hay lugares en los que se prohíbe el aborto según el sexo de los hijos, no faltan otros lugares en los que tal aborto es permitido e, incluso, alentado por una cultura sumamente discriminatoria.

¿Cómo curar un síndrome tan extendido? Simplemente con la mentalidad opuesta, es decir, con esa mirada que ve a cada hijo como lo que es, lo más hermosa que puede ser acogido en el matrimonio, no según sus cualidades, ni según la oportunidad de su llegada, sino simplemente por ser eso: un hijo. Algo tan hermoso y tan bello que ha permitido el que nazcamos y vivamos millones de seres humanos. Seres que nacimos en un tiempo en el que el "síndrome del hijo perfecto" era algo extraño; seres que, por eso, hemos llegado a comprender lo hermoso que es la vida, porque fuimos recibidos en el mundo de los vivos desde los cuidados de un padre y una madre que nos amaron así, como éramos, sin condiciones...

Bosco Aguirre
www.mujernueva.org



leer entrelíneas

AÑO XV
Nº 145
FEB.11

¿Preocupado por el futuro de tus nietos?

¿Qué hijos le vamos a dejar a este mundo?

Me escribe un amigo diciendo que está muy preocupado por el futuro de sus nietos. Que no sabe qué hacer: si dejarles herencia para que estudien o gastarse el dinero con su mujer y que "Dios los agarre confesados". Lo de que Dios les agarre confesados es un buen deseo, pero me parece que no tiene que ver con su preocupación.

En muchas de mis conferencias, se levantaba una señora (esto es pregunta de señoras) y decía esa frase que me a mí me hace tanta gracia: "¿qué mundo les vamos a dejar a nuestros hijos?" Ahora, como me ven mayor y ven que mis hijos ya están crecidos y que se manejan bien por el mundo, me suelen decir "¿qué mundo les vamos a dejar a nuestros nietos?"

Yo suelo tener una contestación, de la que cada vez estoy más convencido: "y a mí, ¡¿qué me importa?!". Quizá suena un poco mal, pero es que, realmente, me importa muy poco.

Yo era hijo único. Ahora, cuando me reúno con los otros 64 miembros de mi familia directa, pienso lo que dirían mis padres, si me vieran, porque de 1 a 65 hay mucha gente. Por lo menos, 64.

Mis padres fueron un modelo para mí. Se preocuparon mucho por mis cosas. Se volcaron para que fuera feliz. Y me exigieron mucho. ¿Pero qué mundo me dejaron? Pues miren, me dejaron:

1. La guerra civil española
2. La segunda guerra mundial
3. Las dos bombas atómicas
4. Corea
5. Vietnam
6. Los Balcanes
7. Afganistán
8. Irak
9. Internet
10. La globalización

Y no sigo, porque esta lista me ha salido de un tirón, sin pensar. Si pienso un poco, escribo un libro.

¿Ustedes creen que mis padres pensaban en el mundo que me iban a dejar? ¡Si no se lo podían ni imaginar!



Lo que sí hicieron fue algo que nunca les agradeceré bastante: intentar darme una muy buena formación. Eso es lo que yo quiero dejar a mis hijos, porque si me pongo a pensar en lo que va a pasar en el futuro, me entrará la depre y además, no servirá para nada, porque no les ayudaré en lo más mínimo.

A mí me gustaría que mis hijos y los hijos de ese señor que me ha escrito y los tuyos y los de los demás, fuesen gente responsable, sana, de mirada limpia, honrados, no murmuradores, sinceros, leales. Lo que por ahí se llama "buena gente". Porque si son buena gente harán un mundo bueno.

Por tanto, menos preocuparse por los hijos y más darles una buena formación:

Que sepan distinguir el bien del mal,
que no digan que todo vale,
que piensen en los demás,
que sean generosos. . . .

Al acabar una conferencia la semana pasada, se me acercó una señora joven con dos hijos pequeños. Como también aquel día me habían preguntado lo del mundo que les vamos a dejar a nuestros hijos, ella me dijo que le preocupaba mucho qué hijos íbamos a dejar a este mundo.

A la señora joven le sobraba sabiduría, y me hizo pensar. Y volví a darme cuenta de la importancia de los padres. Porque es fácil eso de pensar en el mundo, en el futuro, en lo mal que está todo, pero mientras los padres no se den cuenta de que los hijos son cosa suya y de que si salen bien, la responsabilidad es un 97% suya y si salen mal, también, no arreglaremos las cosas.

Definitivamente lo fundamental son los padres. Ya sé que todos tienen mucho trabajo, que las cosas ya no son como antes, que el padre y la madre llegan cansados a casa, que mientras llegan, los hijos ven la tele basura, que lo de la libertad es lo que está de moda, que la autoridad de los padres es cosa del siglo pasado.

Lo sé todo. TODO. Pero no vaya a ser que como lo sabemos todo, no hagamos NADA.

P.D.

1. No he hablado de los nietos, porque para eso tienen a sus padres.

2. Yo, con mis nietos, a merendar y a decir tonterías y a reirnos, y a contarles las notas que sacaba su padre cuando era pequeño.

3. Y así, además de divertirme, quizá también ayudo a formarles.

Leopoldo Abadía



Sentirse bien haciendo el bien

Hay que ayudar a los niños, y a los adultos, a orientar sus sentimientos, y a sentirse bien haciendo el bien

Siempre es bueno reflexionar en la "pedagogía del amor", en ese arte de conducir a los niños y a los no tan niños no por el miedo o el castigo, sino por el respeto, el cariño y el aprecio sincero y franco. Pero es posible que entre algunos educadores siga en pie, quizá inconscientemente, lo que decía el viejo refrán: "la letra por la sangre entra". Es decir: sería necesario castigar y corregir con dureza para lograr algo en las mentes de nuestros pequeños.

Nosotros, desde luego, no aceptamos que para aprender haya que llegar a la sangre. Pero al condenar el viejo refrán nos damos cuenta de que la educación debe evitar dos extremos sumamente perjudiciales para la vida de todo niño. El primero consiste en no corregir ni castigar nunca; el segundo, en corregir y castigar con métodos que rayan en la crueldad más despiadada.

Como ya decían en su tiempo Platón y Aristóteles, conviene saber educar a los niños de forma que orienten bien sus sentimientos, sus momentos de placer y sus momentos de dolor, lo cual implica saber combinar bien esos dos elementos tan importantes de nuestra vida. ¿Por qué? Porque muchas veces, incluso sin pensarlo, el hecho de que creamos que algo nos va a costar mucho, o de que en otra actividad u objeto vamos a disfrutar más, puede ser determinante a la hora de que se haga o se deje de hacer algo (ir al trabajo o quedarse en cama viendo la televisión, por ejemplo).

Es por ello necesario saber orientar bien el propio sentir, pues sólo tendremos un hombre cabal, un auténtico ciudadano dueño de sí mismo, cuando hayamos conseguido una cierta satisfacción en el hacer el bien, y un hondo pesar en el cometer o constatar el mal. Por eso la educación podía ser definida como un camino que permita al hombre rectificar y eliminar el placer en realizar el mal, para ir creciendo, cada vez más, en el placer en la construcción de un mundo mejor.

Se podría objetar, sin embargo, que el deber y la honradez no deben subordinarse a la búsqueda de un premio, a la consecución del placer que sentimos cuando hemos obrado el bien. Esto es cierto, pero también es cierto que, si bien a veces podemos ser honrados hasta lo heroico, otras veces necesitamos algún apoyo sensible, al menos esa pequeña satisfacción de que alguien nos diga al oído: "¡felicidades, eres maravilloso!", aunque ese alguien a veces sea uno mismo...

Al revés, ¿no nos ha detenido, antes de cometer un pequeño fraude o de concedernos algún vicio "diminuto" fuera de casa el pensar en los ojos severos de quien nos ama mucho y, por lo mismo, nos exige más? El ser humano no puede vivir sólo según la ley del "deber por el deber", sino que necesita apoyos, muletas, premios o castigos, cielos e infiernos, para resistir tanto en la fidelidad a la buena obra comenzada, como en el rechazo de aquellas acciones más vergonzosas y turbulentas.

El viejo lema "la letra por la sangre entra" está, ciertamente, descartado en las escuelas donde estudian nuestros hijos. Las matemáticas, la geografía, la historia, hay que enseñarlas con placer, con gusto, precisamente porque el placer refuerza y fija más los contenidos que queremos transmitir.

La moral, a su vez, debe ser enseñada con una buena pedagogía, esa que sabe unir los dos momentos, el de la premiación y el de la reprensión, para llevar al auténtico dolor por el mal cometido, y para sentir una honda satisfacción cuando el niño empieza a realizar actos buenos.





AÑO XV
N° 145
FEB.11

Cosas concretas para enseñar a hacer el bien

Bajando a cosas concretas, ¿qué debemos hacer cuando un niño pequeño, que apenas puede tener malicia, le quita un juguete a su hermanito para mostrar que es más fuerte? La inhibición de los padres sólo puede reforzar al injusto en su "delito", mientras que una reprensión oportuna, siempre en el ámbito del máximo respeto unido a la máxima claridad, ayuda a sentir ese dolor profundo que permite, poco a poco, eliminar algunos pequeños hábitos de injusticia que más tarde pueden degenerar en crímenes mucho mayores.

Al mismo tiempo, la sonrisa cariñosa de los padres ante la actitud generosa del hijo que presta sus juguetes a sus hermanos, puede ayudar a reforzar ese incipiente brote de virtud, que luego, un día, podrá llevar a que sigan viviendo en nuestra tierra personajes buenos y santos como san Francisco de Asís, la Madre Teresa de Calcuta o el Papa Juan Pablo II.

Yo!

Se llama Marisa. Cuando era adolescente asistió a una junta en la que se convocó a los jóvenes para formar un grupo juvenil. Muy entusiasmados, proporcionaron sus ideas para la realización del amado proyecto y llegó el momento de deslindar responsabilidades.

Todos querían participar y lo hacían con generosidad y alegría, pero nos llamó la atención la actitud de Marisa, quien cada vez que solicitábamos un voluntario para el trabajo, siempre decía: "¡Yo!". Y lo hacía con entusiasmo, con ganas de servir. Marisa barría el salón, llamaba por teléfono desde su casa para recordar las reuniones, hacía carteles, sacaba copias, ¡se desbarataba sirviendo a los demás!

Le pregunté por qué era tan servicial y me contestó con orgullo: "soy guía scout".

Desde entonces me cayeron bien los scouts con su lema de "siempre listos" y su nudo en la pañoleta para recordarles su buena acción de cada día. Se puede contar con ellos.

El que no vive para servir, no sirve para vivir

A pesar de que tengo muchos años de sacerdote, me sigue impresionando y llegando al corazón la ceremonia del lavatorio de los pies que la Iglesia celebra el Jueves Santo. ¡Jesús, el Maestro, el Señor, sirviendo en una tarea tan humilde! Realmente Él quería mucho a sus apóstoles y allí está la clave de su servicio: servir a los que uno ama es satisfactorio. El Jueves Santo me ayuda a descubrir la grandeza del amor paternal que convierte a los papás nada menos que en sirvientes de sus hijos.

Todo el chiste está en amar. Cuando la fe nos lleva a descubrir que el amor que sentimos a quienes están ligados a nosotros por la sangre, se debe extender a todos los hijos de Dios, entonces comprendemos y tratamos de imitar el testimonio de aquellos que gastan su vida al servicio de los que sufren. Pero no sólo la fe mueve al servicio, pues incluso los no creyentes, cuando descubren la dignidad del hombre y de toda la creación, aprenden a amar y a servir.

Servir es también una terapia que cura la soledad, la depresión, la dependencia de las drogas, la mal vivencia en general. Si desean rehabilitar a un hombre, ayúdenlo a descubrir la satisfacción de servir a los demás y rehará su vida.

El hombre que no sabe amar tampoco sabe servir. Es aquel que cuando se le pide un servicio, contesta: "¿Y yo qué gano?". El egoísmo es, pues, un impedimento para el servicio desinteresado.

El hogar, escuela de servicio

En todas las familias sucede que un miembro se niega a ser útil y recibe el servicio de los demás con un cinismo que lastima al resto. Normalmente son personas enfermas que necesitan un tratamiento especializado para que reencuentren su papel en el hogar. Mientras tanto, la paciencia y la tolerancia son el servicio que se les debe brindar, pero nunca la complicidad.

La armonía familiar supone que cada uno de sus miembros acepta y realiza, por amor, el servicio que le corresponde; cuando un miembro falla, daña a todos. Cuando ambos padres tienen que trabajar fuera del hogar se hace más necesario que los hijos aprendan a servirse y a servir a sus hermanos. De este modo, el hogar se convierte en una verdadera escuela de hombres y mujeres útiles, llenos de un gran espíritu de servicio.

Para tener en cuenta:

1. Aunque es cierto que los padres sirven a sus hijos por obligación, háganles ver que lo hacen más por amor.
2. Eviten pagar a sus hijos por un servicio al hogar porque destruyen la gratuidad del amor.
3. No carguen sobre alguno de sus hijos los servicios que deben repartir equitativamente entre todos.
4. No discriminen a sus hijas haciéndolas esclavas de sus hermanos varones.
5. Enseñen a los hijos mayores a preocuparse por los más chicos y a ayudarlos económicamente cuando ya trabajen.
6. Como familia escojan algún servicio a la sociedad o a la Iglesia, y cúmplanlo responsablemente.
7. Dar el lugar en el transporte público, ayudar a un anciano o a un ciego, ser educados y corteses con las mujeres, son normas de buena educación y, a final de cuentas, de caridad cristiana.
8. Si nuestro trabajo consiste en dar algún servicio, transformemos la obligación en amor al prójimo y hagamos más de lo que estamos obligados a hacer.
9. Hoy en día la sociedad va tomando conciencia de ayudar voluntariamente y se forman grupos de voluntariado. Pertenecer a uno de ellos es una oportunidad de servir.
10. Hay personas que nos sirven porque necesitan ganarse la vida. Agradezcamos su servicio y tratemos a esos servidores reconociendo su dignidad. La propina es un signo de agradecimiento.



Autor: P. Fernando Pascual L.C. | Fuente: Catholic net



Los "fallos" del Método Billings

Estoy convencida de que el método Billings es infalible.

Si no tienes relaciones sexuales en los períodos fértiles, es lógico que no concibas un hijo, porque... simplemente, no hay óvulo al que fecundar o las condiciones para los espermatozoides son totalmente adversas.

Entonces... ¿Cómo explicar la existencia de tantos niños concebidos en matrimonios que llevan fielmente el método Billings?

La única explicación que he encontrado, es que Dios es Todopoderoso. Si Él pudo crear a todo el Universo sacándolo de la nada, si pudo hacer que su Hijo naciera de una Virgen, si pudo hacer que nacieran Isaac y Juan el Bautista de vientres ancianos e infértiles, entonces... podrá perfectamente permitir que "falle" el Billings o cualquier otro método.

Sí. Él es capaz de hacer que se rompan las leyes naturales que Él mismo creó, cuando así lo cree conveniente. Es lo que reconocemos con el nombre de milagros.



Esta es la explicación que yo le doy al hecho de que nazcan, de pronto, hijos a mujeres con las trompas ligadas, a mujeres que toman anticonceptivos, a mujeres con dispositivo intrauterino y a mujeres que llevan fielmente el método Billings, absteniéndose de tener relaciones sexuales en los períodos fértiles.

¡Claro! Si Dios considera que un hijo va a ser una bendición para ese matrimonio, puede servirse de que fallen las pastillas, que se desliguen las trompas, que se mueva el dispositivo, que la mujer no se dé cuenta de que está fértil. Tiene el poder para hacerlo y lo hace, porque ama al hombre y quiere lo mejor para él.

Todos esos niños son milagros permitidos y queridos por Dios.

¿Puede ser un hijo, el producto de una irresponsabilidad?

¡Eres una irresponsable!

Estas fueron las palabras con las que una tía "me felicitó" cuando supo que estaba esperando a mi cuarto hijo.

Una amiga de ella que estaba ahí presente, fue la que intervino a mi favor diciendo: realmente es muy afortunada, mis dos hijas no han podido tener bebés y llevan muchos años buscándolos.

Aunque yo lo sabía en mi interior, una vez más me sorprendió escucharla. ¿Cómo es posible que algunas nos quejemos de nuestra fertilidad y nos intentemos escapar de ella, con nuestra gráfica del método Billings, mientras hay cientos de parejas que mueren por tener un hijo y no lo consiguen por más tratamientos hormonales, operaciones quirúrgicas y experimentos que hacen por lograrlo?

¿Por qué Dios permite esas diferencias tan extremas? ¿No sería más justo que todos pudieran tener el mismo número de hijos?

Eso es un misterio, pero si creemos realmente que Dios es sabio y bueno, creeremos también que lo permite por razones sabias y buenas.

¿Qué razones podrá tener Dios para permitir que existan matrimonios estériles mientras hay otros demasiado fecundos?

Las razones de Dios deben de ser muchas y muy variadas, pero una razón buena para permitir que un matrimonio sea muy fecundo es simplemente para que el mundo se llene de hombres y mujeres santos y se los otorga a aquéllos que cree capaces de educarlos para la santidad.

Pero existen más razones: en el medio rural de todo el mundo, los hijos significan el apoyo y la fuerza de trabajo necesarias para la supervivencia de toda la familia. Ellos agradecen a Dios su fecundidad.

Por supuesto sé que también existen matrimonios fecundísimos que viven en la miseria total, como es el caso de cientos de familias en la India. Éstas tienen una misión importantísima y es la de abrir los ojos a todos aquellos que tienen de sobra y dicen que no pueden mantener un hijo más. Dios quiere que se despierten en ellos los sentimientos de generosidad y solidaridad que les ayudarán a su salvación eterna.

Lucrecia Rego García de Alba



leer entrelíneas
AÑO XV
N° 145
FEB.11

Ex directora de clínica de abortos narra su conversión al catolicismo y causa pro-vida

"UnPlanned" (No planificado) es el libro en el que la activista Abby Johnson detalla cómo dejó su trabajo de directora de una clínica de abortos de la cadena Planned Parenthood (PP) para convertirse en defensora de la vida y abrazar la fe católica.

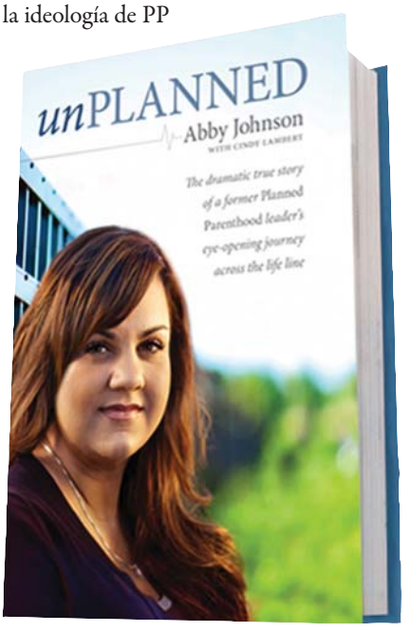
Johnson se convirtió en figura pública en noviembre de 2009 cuando un juez desechó una demanda de Planned Parenthood que pretendía silenciarla. La prensa estadounidense divulgó su sorprendente cambio y hoy su testimonio le permite salvar vidas de no nacidos en todo el país.

A pesar de los problemas legales y ataques personales de sus ex empleadores, Johnson narra su historia completa en el libro publicado por Ignatius Press.

En el volumen, explica por qué dejó la industria del aborto para formar parte del movimiento pro-vida, rechazar incluso la anticoncepción y abrazar la fe católica.

Johnson comenzó como voluntaria en PP y llegó a dirigir la clínica de abortos Bryan/College Station, Texas (Estados Unidos).

Ella misma se sometió a dos abortos y sufría en silencio mientras sus empleadores le exigían alcanzar cuotas de abortos en la clínica y aceptaba sin cuestionamientos la ideología de PP



sobre el falso "derecho al aborto".

Lo que suscitó su conversión fue la experiencia de ver en un monitor de ultrasonido cómo abortaron a un no nacido de 13 semanas.

Le pidieron que asistiera a un aborto debido a escasez de personal en septiembre de 2009. Esos minutos cambiaron su vida para siempre. Ella pensaba que el bebé era incapaz de sentir algo con tan pocas semanas de concebido pero vio cómo se retorcía y huía del tubo que lo aspiraba.

"Luego se desplomó y comenzó a desaparecer dentro de la cánula ante mis ojos", recuerda Johnson y agrega que lo último que vio fue "cómo su pequeña espina dorsal, perfectamente formada era succionada por el tubo, y luego ya no estaba ahí".

Johnson señaló que dejó su trabajo y se unió al movimiento pro-vida para ayudar a las mujeres a entender la verdad sobre el aborto y no para convertirse en una figura pública. La Coalición por la Vida, movimiento que la llevó a publicar su historia.

La trasnacional abortista abrió una batalla legal contra Johnson para que no hablara de su ex trabajo y fue la organización antivida la que llevó su caso a la prensa.

"Esto no es lo que planeé para mi vida. Pero Dios lo preparó para mí y sería incorrecto alejarse de algo que Él ha querido para mi vida", sostiene Johnson y asegura que junto a su esposo han crecido en su fe durante todo este año y se preparan para entrar en la Iglesia Católica.

Uno de los últimos obstáculos que encontró en el curso de su conversión al catolicismo, fue aceptar la enseñanza de la Iglesia sobre el control de la natalidad, pero estudiar con "mente abierta" la "Teología del Cuerpo" de Juan Pablo II y otras fuentes de enseñanza de la Iglesia, junto a una experiencia personal mientras rezaba en un iglesia, la hizo comprender la plenitud de la enseñanza de la iglesia sobre la sexualidad

¿Con qué derecho le puedo negar la oportunidad de vivir a otro hijo?

La fe nos dice que Dios tiene un plan para cada hombre. Nos dice que cada ser humano que llega a la vida ha sido pensado y amado por Dios desde toda la eternidad.

Esto significa que cada niño que llega al mundo, tiene una misión irremplazable en este lugar; que cada niño está llamado a conocer a Dios y a gozar eternamente de su presencia en el Cielo.

Si hoy quitaran esta parte de la fe y nos dijeran que no es cierto, que somos sólo un accidente de la naturaleza, una irresponsabilidad de nuestros padres. ¿Qué sentido podría tener la vida?

Entonces, si es cierto que todos hemos sido pensados y amados por Dios, si es verdad que cada niño que nace tiene una misión irremplazable... ¿Con qué cara puedo yo decirle a Dios que no deseo traer más hijos al mundo? ¿Con qué cara le puedo decir a Dios que no quiero que esos niños en los que Él ha pensado desde siempre, lo lleguen a conocer?

¿Con qué cara podré ver a Dios el día del juicio cuando me diga que Él había pensado en doce hijos míos como doce grandes apóstoles, pero yo sólo acepté darle cinco, porque "me dio flojera empezar de nuevo con los pañales"?

¿Con qué cara podría decirle a ese hijo mío, al que todavía no conozco, que no voy a permitir que venga al mundo, porque "ya no cabe en el cuarto de sus hermanos"?

¿Cómo le puedo negar el derecho de conocer a Dios, de convertirse en templo del Espíritu Santo, de llegar al Cielo y gozar de una felicidad eterna?

¿Cómo puedo negarle la vida a alguien por flojera, por egoísmo, por vanidad o por no confiar lo suficiente en Dios?

¿Cómo puedo negarle al mundo la oportunidad de que un hijo mío haga algo bueno por la humanidad, porque no permití que éste naciera?

Lucrecia Rego García de Alba

Consejo Editorial:
Luis Felipe Capriles
Ma. Denisse Fanianos de Capriles
Alfredo Gorrochotegui Martell
Luisana Graterón de Bethencourt
Gabriel Gutiérrez Vera
Imprime:
Organización Gráficas Capriles C.A.

Publicación mensual producida por:
Fundación Entre Líneas
Grandes líneas para una Venezuela mejor
PREMIO MONSEÑOR PELLÍN 2005

Diseño e Ilustraciones:
Gerónimo Guevara
Contactos:
www.venezuelaentrelineas.com
entrelineas@venezuelaentrelineas.com
@VzlaEntrelineas